

Joseph Conrad
AMY FOSTER
PERIFÉRICA



AMY FOSTER

SERIE MENOR, 22

Joseph Conrad
AMY FOSTER

TRADUCCIÓN DE FELIPE MORALES ANGUITA

EDITORIAL PERIFÉRICA

Kennedy es un médico rural y vive en Colebrook, en las costas de Eastbay. Las tierras altas que se alzan abruptamente detrás de los rojos tejados del pueblo empujan la pintoresca High Street contra el espigón que la defiende de la mar. Más allá de dicho espigón, se arquea, formando una curva extensa y regular a lo largo de varios kilómetros, la árida playa de guijarrillos, mientras el pueblo de Brenzett se erige sombríamente al otro lado del agua, la aguja de una iglesia sobresaliendo de una arboleda; todavía más lejos, la columna de un faro que en lontananza no parece más grande que un lápiz, marca el punto donde se desvanece la tierra. Si bien los campos que hay detrás de

Brenzett son bajos y llanos, la bahía queda razonablemente protegida de las mareas, y cada tanto algún buque grande, obligado por el temporal, utiliza el fondeadero situado a unos dos kilómetros y medio al norte de donde se hallaría uno si estuviera apostado en la puerta trasera de la posada Ship Inn, en Brenzett. En las cercanías, un molino de viento destartalado que levanta sus quebrados brazos desde un montículo no más alto que una pila de basura y una atalaya que, agazapada a orillas del mar, se alza apenas un kilómetro al sur de las casetas de los guardacostas resultan familiares para los patrones de pequeñas embarcaciones. Éstas son las marcas náuticas oficiales para delimitar el sector de fondeo seguro, representado en las cartas del almirantazgo como un óvalo irregular de puntos que encierra varios seises, con una pequeña ancla inscrita entre ellos, y la leyenda «Barro y conchas» arriba de todo.

La cima de la meseta sobrepasa la cuadrada torre de la iglesia de Colebrook. La ladera es verde y está ceñida por un camino blanco.

Subiendo por éste, se abre un valle amplio y poco profundo, un ancho y verdeante cauce de prados y setos que se funde tierra adentro con los tintes púrpuras y las líneas ondeantes que cierran el panorama.

En este valle que, bajando hasta Brenzett y Colebrook, asciende hasta Darnford, una ciudad comercial a veintidós kilómetros de distancia, ejerce de médico mi amigo Kennedy. Había empezado su carrera como cirujano de la Armada y después acompañó a un famoso viajero en los tiempos en que aún había continentes inexplorados en su interior. Sus artículos sobre fauna y flora le granjearon el reconocimiento de las sociedades científicas. Y ahora era médico rural, por elección propia. Me parece que el poder de su intelecto, actuando como un fluido corrosivo, había destruido su ambición. Su inteligencia, de orden científico, está habituada a la investigación y movida por esa curiosidad insaciable que cree que en todo misterio hay un ápice de verdad universal.

Hace ya muchos años, cuando regresé del extranjero, me invitó a pasar unos días con él.